

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al cabo de los años mil, cae la humanidad en la cuenta de que los ratones son una plaga horrible, y se emprende con celo la *desratonización*, la extinción de los ratones y ratas, que infestan el mundo, y serían capaces de hacerlo odioso, aborrecible, á poco más que se multiplicaran...

Hasta Ligas y Asociaciones se fundan para perseguir á los ratones. Natural parecería á primera vista que las presidiese un gato; pero las presiden señores muy formales y conspicuos, médicos é higienistas ilustres, y el asunto no se trata en broma, sino en serio, completamente en serio, porque había llegado á adquirir proporciones alarmantes, y porque en los asquerosos roedores ven los sabios el peligro de la transmisión de los gérmenes patógenos, el vehículo de las epidemias y de los contagios.

¡Y si no tuviesen otro defecto! Para mí, y para mucha gente, tienen el de inspirar una repugnancia invencible. No somos excepciones raras los que preferimos ver el cañón de un revólver que nos apunta, á sufrir el contacto de un ratón. Es inútil que se nos hagan reflexiones diciéndonos que se trata de un bicho inofensivo, que no nos ha de devorar, que no ha de atentar á nuestra vida, que huirá despavorido á nuestro ademán de amenaza. Es inútil, repito, que arguyan á nuestra razón contra nuestro instinto. El instinto es más fuerte, y se subleva. El chillido nervioso que arranca el ratón á personas por otra parte muy bien equilibradas, viene de las profundidades del ser inconsciente; es algo que revela lo íntimo, como lo revelan determinadas exclamaciones y movimientos, que el poder coordinador de la mente no ha logrado reprimir.

Nada tiene que ver con el miedo propiamente dicho esa grima especial que el ratón produce. El miedo es el sentimiento de un peligro, y el ratón no es peligroso sino en casos y circunstancias excepcionales. Léense y oýense relatos de personas devoradas por las ratas, como el de aquel guardia de un desolladero, que se quedó encerrado en un patio del establecimiento y de quien, á la mañana siguiente, sólo los huesos se encontraron; pero éste y otros sucesos de igual índole no suelen comprobarse de un modo efectivo, y puede afirmarse que tienen todavía menos ganas las ratas y ratones de medirse con nosotros, que nosotros con ellos. Su fuerza consiste en la repulsión que inspiran, y que tampoco siente el hombre por igual, habiendo quien hasta encuentra que los ratones son muy monos y graciosos, y que sus ojitos negros y vivos despiden una mirada hechicera. A los tales, ¡Dios les conserve el gusto!

Por fortuna, los sabios ahora vienen en apoyo nuestro; en apoyo de los débiles mortales que á la vista de un ratón ó una rata sufren hasta convulsiones de horror. Y se demuestra que el horror era justificado, y que los animalejos antipáticos no en balde nos causaban tales impresiones. No sabíamos, pero presentíamos quizás, que con ellos venían el tifus, la peste bubónica, el bacilo H y el microbio X... Y tal vez el instinto de conservación era lo que nos arrancaba aquellos chillidos y aquellos esguinces de espanto pueril... Nos habíamos adelantado; se había adelantado nuestra espontaneidad á las investigaciones profundas de los laboratorios y á las salvadoras prescripciones terapéuticas. Condenábamos al ratón, porque nos daba en la nariz su misión fatal y destructora, su terrible y funesta condición de portador

de males sin cuento, cogidos por un ratón acaso en la Indochina y comunicados á otros ratones hasta llegar á las mesetas ibéricas y soltar en ellas el germen maldito...

Lo que me desconcierta un tanto es que el anatema fulminado por la ciencia contra los ratones, alcance á los gatos también... Ellos, igualmente (aunque con mayor pachorra y de un modo tranquilo, pues ya se sabe que los gatos son apacibles y orondos señores), transmiten los microbios y los bacilos infecciosos de todas las marcas.

Siempre creí que el gato es el único medio de tener á raya al ratón. No digo de acabar con él: es probado que el gato destruye muy contados ratones; su papel es semejante al de la Guardia civil, que ni prende á los malhechores ni los mata, y sin embargo, refrena su osadía. Cuando el ratón observa que no hay gato, llega en su envalentonamiento á pasearse por vuestra habitación, á comerse la miga del pan con que acabáis de borrar un diseño, á roeros el libro que dejáis abierto sobre la mesa, y á creerse vuestro amigo, socio y huésped, domesticándose con espeluznante familiaridad. El gato, enroscado sobre un almohadón y ronroneando, evita que los granujas grises se permitan tales excesos; les recuerda la noción jerárquica y el respeto y consideración á que obliga... Confieso que me afecta tristemente este decreto científico adverso á los Micífucos, Zapirones y Marramaquices, á las Zapaguidas y Miauras que alegraban, ya que no la vida, por lo menos el hogar, de pequeños con sus juegos, brincos y diabluras, de grandes con su pelo lustroso, sus ojos esmeraldinos y su ronquido de paz y contento. ¡Pobres gatos! Son mucho más fáciles de extinguir que los ratones. Si la ciencia les condena á muerte, yo les echaré de menos, y hasta el arte, que copiaba sus elegantes formas, vestirá de luto.

Ahora bien, ¿y con qué substituyen al gato los partidarios y propagandistas de la *desratonización*?

Me alegraría de saberlo, naturalmente para practicarle, sin suprimir por eso á Micífuz. Porque todo hace falta; el mundo está muy ratonizado, y el desratonizador que lo desratonice, buen desratonizador será.

Supongo que los sabios no nos darán, por toda receta, el modelo de alguna ratonera, ó la fórmula de esas mantequillas fosforadas ó de esas pomadas de vidrio molido, que desde tiempo inmemorial vienen empleándose en la lid contra los roedores. Para este viaje en tercera no nos hacía falta gran equipaje científico. Algo nuevo nos dirán, y yo declaro que no sé qué es; leo y oigo que se proscriba al ratón, y pregunto: ¿cómo?, ¿de qué manera?, ¿por qué medios?

Los que hasta hoy conocemos tienen su eficacia, quién lo duda; pero eficacia muy relativa.

Uno de los menos usuales, es el cuidado exquisito de tapar agujeros. Conoció á cierto cónsul británico, que me decía en su jerga pintoresca: «Con mí no poder ratonsito. El abrir bujero y yo tapar bujero. El volver abrir, yo volver tapar. El abrir aún, yo tapar aún. Cansarse ratonsito y largarse.» Y tenía razón el buen inglés. Los ratones no entrarían nunca en parte ninguna si no pudiesen roer y abrir esos boquetes por donde se cuelan. Y esta es una de las condiciones ratoniles más asombrosas. ¿De qué estará hecho el cuerpo de estos bichos, que cabe por la rendija más estrecha y por el orificio más diminuto? ¿Es que no tienen huesos; es que su cabeza se alarga y deprime, como un fideo ó un macarrón? No existe relación racional entre su tamaño y los huecos por donde pasan. Así es que por pequeños que los huecos sean, hay que taparlos y rellenarlos de modo que toda habitación esté maciza, sin resquicios entre sus juntas. Las malas construcciones, las casas desvenecadas y hechas cribas, son guarida de ratones, que desde allí pasan á otros edificios en mejor estado, para minarlos y acribillarlos igualmente. Y son nidos de ratones y ratas los desvanes abandonados y oscuros, donde se hacinan muebles en desorden, las cuevas mal ventiladas, los almacenes de leña y carbón, los graneros, todos los lugares donde se entra rara vez y son dueños del campo los roedorcillos, que pueden anidar y formar sus polvorientas madrigueras. En París, los Grandes Almacenes (Louvre, Bon Marché, Printemps) no logran verse libres de la invasión de ratones y ratas, lo cual es para desconcertar, pues allí el deseo de conservar la mercancía y los incalculables daños que los roedores ocasionan, despiertan el instinto de precaución y defensa, y además de los perros *fox terriers* y *bull dogs* amaestrados para combatir la plaga, hay brigadas de caza-

dores, que tienen obligación de cobrar y presentar diariamente un número señalado de piezas, un *minimum* de ratones acogotados. Y sin embargo, la plaga no disminuye sensiblemente; siempre hacen estragos en los géneros riquísimos los roedores; su fecundidad y su audacia les aseguran el triunfo. He aquí por qué desearía yo conocer los recursos con que la ciencia pondrá coto á la peligrosa difusión de esos animalejos, que en la sombra pululan y crecen, que rondan de noche por calles y plazas, en París, así que la circulación de coches y gente disminuye, y que en los cuarteles, hospitales, colegios, cocheras, cuerdas, hoteles—dondequiera que se hace vida en común,—abundan más todavía, por curioso fenómeno, que en las casas particulares. ¡Venga ese específico, venga ese conjuro, venga ese método racional de destruir á roedores de cuatro patitas..., ya que á los de dos ni el Sanedrín de todos los sabios juntos encontraría manera de extirparlos!..

Es cosa extraña que los ratones, tan repugnantes en su piel natural, den una piel admirable de suavidad y delicadeza después de curtida. Los que nos estremecemos ante la sola sospecha de la proximidad de un ratón, usaremos á veces guantes fabricados con su piel, y los encontraremos bonitos, finos y flexibles. ¿Será una leyenda ó será cierto que es en las alcantarillas parisienses—en esa ciudad subterránea, cuya red se entrecruza bajo las calles espaciosas y brillantes de la gran metrópoli—donde se cazan las pieles de Suecia, destinadas á cubrir las manos liliales y pálidas de las principesas y reinas de la moda?

Todo podrá suceder. Transformaciones más raras sufre la materia prima vulgar que luego se convierte en materia rara, costosa y preciosa. Llevar una rata sobre los dedos cubiertos de sortijas no molesta, porque no se piensa en ello; y sobre todo, porque ya aquella piel, adobada y amansada, no se parece al animalejo chillador y sucio de donde procede, como no se parece la seda al gusano, ni el encaje sutil al hilo moreno que colma el huso de la hilandera aldeana.

Y no digo nada si la moda llega á prescribir, no ya la piel despojada de su pelo, sino con él, para abrigos, manguitos y estolas... De seguro que nadie se priva de usarla porque sea aquella piel misma que albergó tanto germen pestilente y cubrió la carne de los roedores (carne que en los antiguos recetarios servía para hacer un caldo horrible, que con la mayor fe absorbían los enfermos de males cutáneos). Y quién sabe si ya alguna de esas pieles que rodean mórbidas gargantas y abrigan pechos de nieve no es el último despojo de un roedor, hábilmente adobado por un curtidor y ofrecido por Revillón á la insaciable sed de adornos nuevos de las mujeres.

EMILIA PARDO BAZÁN.